

HOMBRE ÁNGEL



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN LENGUA ALEMANA

Mensch Engel

Primera edición: enero de 2012

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: © Mehmet Turgut

© Schöffling & Co. Verlagsbuchhandlung GmbH,
Frankfurt am Main 2008

© 2008 Gunther Geltinger

© de la traducción: Marciano Villanueva Salas, 2011

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2012

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www-pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-15297-52-9 • DEPÓSITO LEGAL: M-1179-2012

ARTEGRAF, S.A. TEL. 91 471 71 00

1

MARIO

Ángel escribe: Cuando se alejó por el río tenía diecinueve años recién cumplidos y había terminado el bachillerato. Había viajado ya algo por el mundo o, para ser más exactos, por Europa, y hacía muy poco –mencionarlo en este lugar le parece a Ángel de la máxima importancia– se había enamorado de Mario, aquel joven de ensortijados cabellos castaños con la curva rebelde de los labios como contorneados con un trazo de pluma rojo oscuro, que había llegado a su clase al comienzo del curso. Ángel no tenía todavía nada que objetar a su pasado, lo embargaba una embriagadora sensación de infinitud en el presente y para el futuro la vaga idea de ser director de una película o escribir un guión, o tal vez las dos cosas. Se encontraba en el tramo final de la infancia, en el inicio de una nueva vida y, tal como ahora lo recuerda, se hallaba a orillas del Meno que, a los pies de los viñedos franconianos, abrazaba, trazando un amplio recodo, su aldea natal, Storchenau, ese “Campo de las cigüeñas” en el que Ángel nunca había visto ninguna, y mucho menos un campo poblado por ellas.

Sólo las perezosas, negras y pestilentes aguas del Meno habían bañado, año tras año, las tardes interminables de su infancia en las chirriantes praderas de zumbantes tábanos, las noches de incesante y necio parloteo y espesas vaharadas de tabaco de sus años rebeldes en los lodosos bancos de arena y los solitarios paseos por los senderos de la orilla ocultos

bajo la hierba a la altura del pecho, en los que, hundido en sombríos pensamientos y coléricos monólogos, había librado las habituales batallas contra padres incomprensivos, profesores injustos, compañeros de estudio insidiosos y contra una naciente sexualidad que se inclinaba cada vez más, como en el lenguaje local se decía, hacia la orilla de enfrente, y ahora Ángel tiene que esbozar una sonrisa sardónica ante la ambigüedad de su expresión, aunque tal vez no fuera tan ambigua, sino lo bastante patente, y quiere tachar de nuevo todo el pasaje, pero luego lo deja, más por un sentimiento de indiferencia que por falta de una alternativa, y sigue:

Fue una tarde de finales de mayo; el mes verde había sido, como casi todos los años, frío y lluvioso. Pero desde hacía algunos días había irrumpido, por fin, con vigor, el verano y resarcía, con sus largas horas azules de las tardes y las opalescentes puestas de sol cuya luz era esparcida hacia todos los puntos cardinales por las deshiladas bandas de los gases condensados de los aviones, lo que en las turbias y opacas semanas anteriores había escatimado a los impacientes y ardientes que afrontaban un verano henchido de planes y de sueños, escribe Ángel, y piensa, vestido con pantalones cortos de competición, en la pareja de recién enamorados, ebrios de hormonas, para la que los juncos de las praderas no son aún lo bastante altos y los bancos de arena son todavía demasiado húmedos y las noches demasiado frías y no han llegado todavía, por tanto, las horas de la ejecución de sus planes y sus sueños estivales.

Aquella tarde de mayo, Ángel y Mario habían dado algunas vueltas en automóvil, como habían hecho tantas otras veces en las ociosas y vacías semanas después de los exámenes de bachillerato, habían saboreado aquí un helado, habían bebido un poco más allá una Coca-Cola y, entre refresco y helado, habían pensado muchas cosas no dichas y las di-

chas no pensadas como las decían. Sólo sus miradas mutuamente tanteantes hablaban un lenguaje inequívoco en aquellas excursiones en coche de largas horas sin metas concretas, para las que Ángel había tomado prestado el descapotable de su madre.

En el descapotable de su madre había llevado por vez primera Ángel a Mario al cine, fue en el descapotable de su madre donde Mario, tras un guateque en el que había bebido sin tasa, había vomitado en el lateral, porque cuando Ángel, frenando en seco, se paró al borde de la carretera, él, en vez de tirar de la palanca de apertura de la puerta, había accionado la del retrovisor, y fue al final de una excursión silenciosa impregnada de significación con el descapotable de su madre, a través de una Franconia estival explosiva, cuando habían dormido juntos por primera vez.

Un poco antes del cartel que anunciaba el nombre del pueblecito donde Mario vivía, Ángel puso el intermitente y desvió el coche hacia un camino vecinal. Ambos miraron durante un rato por encima del mar verde claro del trigo aún sin madurar y Ángel oía el zumbido de la sangre en su cabeza y tenía las mejillas arrojadas. Luego, como obedeciendo una orden, ambos giraron sus rostros a la vez, extendieron las manos, oprimieron sus pechos sudorosos y unieron sus labios. Habían levantado, a causa del calor, la capota del descapotable, y mientras se arrancaban mutuamente la ropa, enjambres de tábanos aparecieron en su hirviente sangre. Los rizos castaños de Mario eran sedosos como un chal de cachemira y olían a champú de nuez de coco, un vello aún más suave y más fragante cubría su pecho y su polla, recordaba Ángel, y apenas podía creer que todavía diez años más tarde aquel recuerdo pudiera excitarle, se alzaba tan rebelde como sus labios y ofrecía incluso su mismo perfil rojo castaño, y bajando aún más, percibía de alguna forma un vago aroma de

verano, y como quería hundirse en ese aroma de espigas enhiestas, de praderas bañadas de luz y de largas noches azules sobre los lodosos bancos de arena, atrajo a Mario a horcajadas hacia sí al asiento del conductor e intentó, con torpes movimientos y excesiva impaciencia, penetrar en aquel paraíso veraniego, hasta que Mario lanzó un profundo grito de sobresalto o de placer o de ambas cosas.

A la mujer que había aparecido súbitamente al borde del sendero y había dejado que su perro hiciera su montoncito junto al cartel del camino le pareció altamente sospechoso el descapotable rojo carmesí en el mar de las verdeantes y ondulantes hierbas. Llevada por la curiosidad, dio más cuerda al perro para poder acercarse y espiar sigilosamente y entonces giró en redondo con ojos desfavoridos y salió corriendo a toda velocidad, arrastrando consigo al animal hacia el cartel del camino, sin ninguna posibilidad de escape, por encima de sus propios excrementos, de modo que en un punto donde no existía ningún montón el perro escarbaba con la patas delanteras en los guijos y excavaba con las traseras en la arena, hasta que, por el tirón de la cuerda, se le hincharon los ojos en las órbitas y la lengua en las fauces.

Nada de esto había podido ver, por supuesto, Ángel en el auto, porque lo que, en lugar de los ondulantes campos, tenía ante los ojos era la angulosa espalda de Mario oscilando arriba y abajo, pero todavía hoy se imagina la razón por la que repentinamente Mario se deslizó hacia el suelo, se subió los pantalones, dijo mierda y añadió a continuación que la mujer del perro era una amiga de su madre. El trazo rojo pardo en torno a la boca aparecía ahora desdibujado, sus labios flácidos y colgantes y su mirada, que antes Ángel había sentido como un cuchillo que le penetraba hasta los tuétanos, parecía ahora avergonzada y, de alguna manera, cargada de reproche.

Ángel se sentía a un mismo tiempo terriblemente desamparado, herido y abandonado y en realidad –eso es lo que hoy cree saber– fue aquella extraña frialdad frente a Mario, que ahora le quemaba el pecho, la que hizo que le llevara en silencio a su casa y los tres días siguientes no respondiera al teléfono y que durante el verano que justo entonces comenzaba se arrastrara tan lenta y cavilosamente en interminables paseos por los senderos de la orilla, hasta que el verano dejó de estar inundado de luz sobre las praderas de aluvión y de ser noche azulada sobre los bancos de arena y se trocó en frío y gris, y cubierto de nubes oscuras y plomizas, hundido en las negras aguas de un río en cuyas descuidadas orillas tuvo, por primera vez en su vida, la tarde de aquel día de mayo, el sentimiento de que había algo profundamente discordante dentro de sí mismo.

Levanta la cabeza y contempla los campos desde la ventana. Comprueba que fuera es otra vez mayo, que siempre es mayo afuera, cuando resulta especialmente difícil enfrentarse a ese problema. Desvía la mirada de los campos de mayo de nuevo verdeantes y ondulantes y la centra en el monitor de un blanco resplandeciente de su ordenador, en el que había escrito ya algunas páginas, pero sin haberse acercado ni lo más mínimo al problema, un problema elemental que fundamentaba y a la vez arrebatava el fundamento de la vida, que no consistía, como ahora puede barruntar, en que él era evidentemente homosexual, no, sino en algo que calaba mucho más hondo, en algo que llenaba toda su vida y al mismo tiempo envenenaba y aniquilaba todo lo vivo, porque todo sentimiento, toda percepción, todo lo conocido y admitido como auténtico y verdadero, en el instante mismo en que él, Ángel, lo sentía, lo percibía y lo admitía y reconocía como auténtico y verdadero, quedaba deformado en lo absurdo y grotesco, en perverso, obsceno y caricaturesco, en

paradójico e insensato, más aún, en algo literalmente invivible e incluso inimaginable y, por tanto, tampoco aquí y ahora describible, sino en lo contrario, no, en la anulación, también falsa, en un vacío inservible, inanimado, sin sustancia ni contenido, en el que todo lo sentido, lo percibido y conocido y admitido como auténtico y verdadero desaparece sin dejar rastro.

Hace una pausa, lee una vez más lo que acaba de escribir y añade ahora, como suplemento de su problema existencial, un problema de comprensión, y quiere volver a describir el problema, el primero, de una manera más expresiva, el problema, prosigue, que consiste en que toda vida que le sale al paso henchida y seductora como los compactos frutos maduros de un árbol estival, en el momento mismo en que él los recoge ávido, alegre y agradecido, yace en sus manos podrida y fría y fútil, como si jamás hubiera sido vida plena, densa, henchida y seductora, como si hubiera estado siempre ya envenenada, ya siempre y desde siempre muerta, como si siempre hubiera sido *nada*.

Es, pues, absolutamente insensato –tiene que admitirlo– intentar enfrentarse a esta cuestión a través de los meandros de frases interminables y con metáforas veraniegas derramándose sobre las orillas. Completamente insensato y necio pretender narrar una historia auténtica de tu vida, que tantea vacilantemente no sólo sobre el papel, sino también en la *realidad*, es decir, en la vida genuina, en torno al verdadero núcleo del problema, porque el núcleo del problema es justamente el problema de que no tiene núcleo.

Sin núcleo, vaya estupidez, piensa Ángel, y escribe “estupidez” y comienza de nuevo y escribe que aunque el problema en sí no tiene núcleo, él quiere agarrarlo por los cuernos, contando la historia de la fatigosa pubertad exploradora de un enamoramiento veraniego con aquellas pri-

meras tentativas del ir y venir en el descapotable de su madre, una historia más bien chabacana y desagradable, propia de un homosexual al estilo de las novelas Lore-Lai o mejor aún, al de uno de esos géneros literarios que se leen con una sola mano, que no marcaba además al mismo tiempo, al menos en su recuerdo, el inicio o la primera aparición de este problema existencial total y no sería, por tanto, tal vez, la razón pero sí el desencadenante, claramente emergente y exactamente fechable, de por qué en aquel entonces, en aquella tarde de mayo, se alejó por la orilla del río que es —sigue añadiendo— lo que él se proponía describir en las siguientes páginas.

Pone un punto y relee lo escrito: *Recuerdo-comienzo-problema-biografía-desencadenante-alejarse por la orilla del río*, lee, y alza la mirada y a través de la ventana ve salir al encuentro del verano las deslumbrantes praderas de mayo verde cardenillo, rebosantes de savia ante la vida, y baja la mirada y ve brillar en la fría e indiferente blancura de la pantalla su oscuro interior y escribe:

Aquella tarde de mayo que aún se tendía luminosa sobre las praderas de aluvión cuando hacía ya mucho tiempo que las franjas de los gases concentrados habían dispersado la luz del sol del ocaso sobre todos los horizontes, estaba él con Mario en la orilla del río. Lo había recogido unas pocas horas antes y sin previo aviso. No había podido soportar la dolorosa sensación de vacío que desde aquella primera vez más o menos frustrada le corroía el pecho, y se puso al volante del descapotable de su madre. Mario estaba en la puerta, con el pelo recién lavado y una chaqueta vaquera echada sobre los hombros, como si a lo largo de aquellos tres días no hubiera hecho otra cosa sino esperar a que Ángel pasara con neumáticos chirriantes y finalmente se lo llevara.

Habían ido, como de costumbre, del helado a la Coca-Cola y de la Coca-Cola al río, habían imaginado muchas más

cosas no expresadas que antes y habían pensado menos cosas expresadas que las ya antes dichas. El aire se tornaba cada vez más tibio y la tarde cada vez más azul, las praderas chi-riaban como nunca y la hierba había alcanzado en el sendero trillado de la orilla su altura máxima y producía a veces un cosquilleo placentero en la nariz. Recorrían silenciosos y con la cabeza gacha su camino a través de la pradera y tan sólo sacaban las manos de los bolsillos de los pantalones para alejar a los tábanos que trazaban belicosos círculos sobre su sangre que los empujaba hacia las palabras y las obras.

Ángel iba delante y Mario trotaba detrás, la distancia entre ambos era cada vez mayor, Ángel miraba fijamente la grasa hierba que a cada nuevo paso tenía que aplastar bajo sus zapatos y ya no sabía cuál era la verdadera razón de su silencio y de la penosa confusión que, de pronto, y de una manera pueril y rebelde, le había invadido. Redujo varias veces el paso e intentó decir algo, sin importarle nada lo que Mario pudiera pensar, sólo para romper el silencio y resquebrajar el muro de cristal blindado que se alzaba entre Mario y él y que se hacía más espeso con cada nuevo paso. Con todo, como si los crepitantes tallos de hierba que acariciaban su cuerpo le sujetaran con cadenas de acero, su impulso de dar media vuelta era cada vez sofocado en su raíz por una especie de embotamiento y parálisis y se hinchaba el dolor en su pecho y hacía su respiración débil y su garganta angosta y su lengua pesada y le obligaba a clavar la mirada cada vez con mayor fijeza y vacío en la hierba que esparcía bajo sus zapatos savia viscosa y cuando, por fin, se volvió hacia Mario y le pareció como si para ello tuviera que hacer girar todo el globo terráqueo en torno a su eje, así de pesada y de reacia le parecía ahora su cabeza, sintió a ese hermoso y joven hombre que con la cabeza gacha avanzaba sobre la hierba con pesados pasos como a un desconocido, un extraño, casi un

enemigo de quien en adelante habría que desconfiar, más aún, a quien habría que combatir.

Ángel dio media vuelta estremecido y siguió avanzando y el esfuerzo poco menos que sobrehumano con el que ya se había vuelto hacia Mario quedó reducido a un fugaz gesto de control, una breve mirada hacia atrás con el rabillo del ojo para saber si le seguía. Con todo, al mismo tiempo, aquel mirar en torno que Mario probablemente ni siquiera había advertido era un último y desesperado asirse a una imagen que le era familiar desde los días de su infancia y comenzaba a disolverse en el aire, una última súplica de su cuerpo por una mano que le sostuviera antes de hundirse en un abismo que él, Leonard Ángel, camarero de una cervecería de Colonia, jamás habría creído que pudiera abrirse ante un ser humano.

Cuando, desde la hierba de la orilla, Ángel alcanzó un banco de arena cubierto de fango, el dolor del pecho le estalló en el esternón. Pareces raro, dijo Mario, y subió tras él. *Tú pareces raro*, replicó Ángel, y miró por encima del río, hacia la otra orilla, en la que aparecían praderas de aluvión iguales, idénticos bancos de arena, campos de maíz y aldeas menofranconianas iguales a las de esta orilla. Se lo he dicho a mis padres. Mario le miró con una expresión tan dramática como si se hallara realmente ante el Juicio Universal, como si él no fuera Mario Raab de Kleinwelderstadt, sino Judas Iscariote, que había besado a Jesús, pero no porque quisiera traicionarle, sino simplemente porque estaba ardientemente apegado a él, y entonces la catástrofe inició su marcha.

Ángel dudó, oprimió la tecla de borrar y dejó flotar la comparación de Judas, aunque ésta y otras parecidas ya le habían incomodado bastante a menudo en otros contextos, y se apoyaba, por tanto, en pies tambaleantes, no, más bien

zambos, porque en el fondo a él, a Ángel, le era enteramente indiferente que los pies fueran vacilantes o zambos o que ni tan siquiera fueran pies, y qué le importan a él los pies de sus imágenes literarias, piensa, a él, a quien ni siquiera le interesan sus propios pies, cuyas uñas, como había comprobado aquella misma mañana al ducharse, hacía ya dos meses que no se había cortado, pero no porque fuera un puerco o un desaliñado, no. Se ducha todos los días, a veces incluso dos veces al día, se preocupa de una manera sumamente escrupulosa en parecer, al menos ante los demás, cuidadoso y civilizado y las uñas de los pies crecen y proliferan por la sencilla razón de que sus pies están demasiado lejos de él. Se cuida las uñas de los dedos de las manos. No las de los pies. Pero está desviándose del tema.

¿Y cómo fue la cosa?, preguntó Ángel a Mario, y sentía bajo los pies la voz gutural del río que ni le atraía ni le perturbaba ni le ordenaba acercarse a él, sino que se deslizaba perezoso, negro y pestilente en la noche que irrumpía y se tragaba las luces del cielo. Las franjas condensadas se habían disuelto. La hora azul penetraba pesadamente a través de la maleza de la orilla. En las praderas se elevaba el primer concierto estival nocturno de grillos del año. Mario se acercó un paso más. Sobre Ángel se derramó el aroma de la noche estival y del sexo veraniego. Se sintió excitado.

Una catástrofe, dijo Mario. Ángel oía su voz a tanta distancia a sus espaldas que se habría girado hacia el banco de arena donde creía haber dejado a Mario. Me lo puedo imaginar, repuso, sonrió a Mario y no necesitó esforzarse por aquella leve sonrisa, ni siquiera tuvo que fingirla, porque era realmente así, a pesar del río que ya estaba superado en su mitad y cuyas aguas aceitosas se abrían paso entre Mario y él, a pesar de la sensación de extrañeza y frialdad y la indiferencia que sentía frente a Mario, a pesar de aquel dolor

que bombeaba su sangre desde el hueco de su pecho hasta el agua.

Flotaba en todo y sobre todo una serenidad melancólica, ya casi irónica, y Ángel veía, con un distanciamiento con el que se observaba a sí mismo desde el río, cómo, aquí arriba, en el banco de arena, aspiraba el aroma de Mario y al mismo tiempo se imaginaba que lo derribaba sobre el fango y lo follaba hasta el amanecer, mientras que por otro lado, en cambio, había ya casi alcanzado la otra orilla, no, la orilla de enfrente, intransitable, hostil, sólo por él habitada. Era una levedad embriagadora, casi vertiginosa, que cruzaba incluso a través del sentimiento de vacío de su pecho y de la frialdad que se precipitaba sobre él. Una levedad que lo convertía todo en irreal, como soñado, en escenificación dramática, casi operística, el negro río, la noche azul, la sombra de Mario que se acercaba a él; sentía, incluso ahora, su propia excitación, pero sólo *como si* estuviera excitado, y todavía hoy, escribe Ángel de un tirón, es aquella distancia ingravida e inexorable que se apoderó de él aquella tarde cuando se alejaba por la orilla del río, frente a todo y frente a todos, y sobre todo frente a sí mismo, la que hizo soportable aquel asunto, la que hizo posible su vida y al mismo tiempo lo convirtió todo en catástrofe.

Un tábano describía círculos en torno a su cabeza, aterrizó en su nariz, alzó de nuevo el vuelo y se posó finalmente en su antebrazo. Observó cómo el insecto buscaba la parte más blanda de su piel. Pasaron algunos segundos. Y luego hundió el aguijón. Sintió muy cerca a Mario que, a causa de la sonrisa que todavía flotaba sobre sus labios, le miraba de soslayo, aliviado, incluso agradecido, y sabía que debajo de él estaba el agua silenciosa del río que no se había acercado, que sólo se había tornado más negra, que era siempre, y seguía siendo, el río de su hogar tal como él lo conocía: mortalmente estancado, fétido, profundo.